

ESPAÑA Y OCCIDENTE

EL mundo lleva algunos años viviendo un período constituyente; la preocupación actual por la forma en que se estabilizará España después de estos tiempos transitorios, de los que se desprende una confusión que en el fondo es positiva (lo negativo es la posibilidad de un solo, único camino abierto, mientras todos los demás están cegados), puede hacernos olvidar en algún momento que una gran parte de nuestra organización política, económica y social depende ya —sin esperar a matriculaciones en fórmulas internacionalistas: sin esperar a 1980, como enuncia nuestro ministro de Asuntos Exteriores, señor Arellano, probablemente el mejor político profesional y teórico con el que se cuenta en el actual Gobierno— de la constitución del mundo en el que estamos inmersos.

PROBABLEMENTE el mundo está en período constituyente desde la primera agrupación humana. No ha encontrado soluciones definitivas, y desde luego no lo han sido hasta ahora los dos sistemas más amplios que se hayan conocido nunca, el de la Iglesia católica y el del marxismo. Precisamente la inteligencia de sus teóricos les está llevando en nuestro tiempo a una apertura continua de sus sistemas que fueron cerrados y a un contraste de lo que consideraron científico o dogmático —según— con la evolución de las sociedades contemporáneas. Aparte de esta idea absoluta de un período constituyente continuo, el mundo actual lleva unos años tratando de encontrar un cierto acomodo. Desde el final de la primera guerra mundial, desde 1917, se están enfrentando de una manera dramática el sistema socialista y el capitalista. En los últimos tiempos se ha advertido la posibilidad de una síntesis. Es decir, una forma política relativa —apenas esbozada en la Conferencia de Helsinki— por la cual las sociedades socialistas gobernantes dejaran entrar algo de lo que el mundo capitalista puede aportar a las sociedades, y viceversa. El problema se plantea en cada uno de los dos grandes sectores, cuando se trata de renunciar a lo que se entiende por bases definitivas, y se plantea también, con mucha fuerza, en la competitividad entre las naciones hegemónicas. El pensamiento sintético no se ha hecho patente de manera suficientemente pública en ninguna de ellas, y en cambio prevalecen las opiniones de quienes, por el contrario, temen que esa síntesis sea destructiva de lo que aún consideran valores fundamentales. El mismo viaje de Kissinger a la URSS, que debe haber comenzado este martes, 20, está matizado por esta situación. "Las acciones de Rusia en Angola son incompatibles con una relajación genuina de las tensiones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética", ha dicho Kissinger para reducir la importancia de su viaje ante sus posibles críticos de la derecha. Angola, aun con toda su crudeza, es sólo un pretexto del gran tema de la concurrencia mundial. Desde Moscú se podría expresar un temor, similar (se dice que Estados Unidos ha enviado ya a Angola armas por más de 35 millones de dólares, por la vía semiclandestina de la CIA).

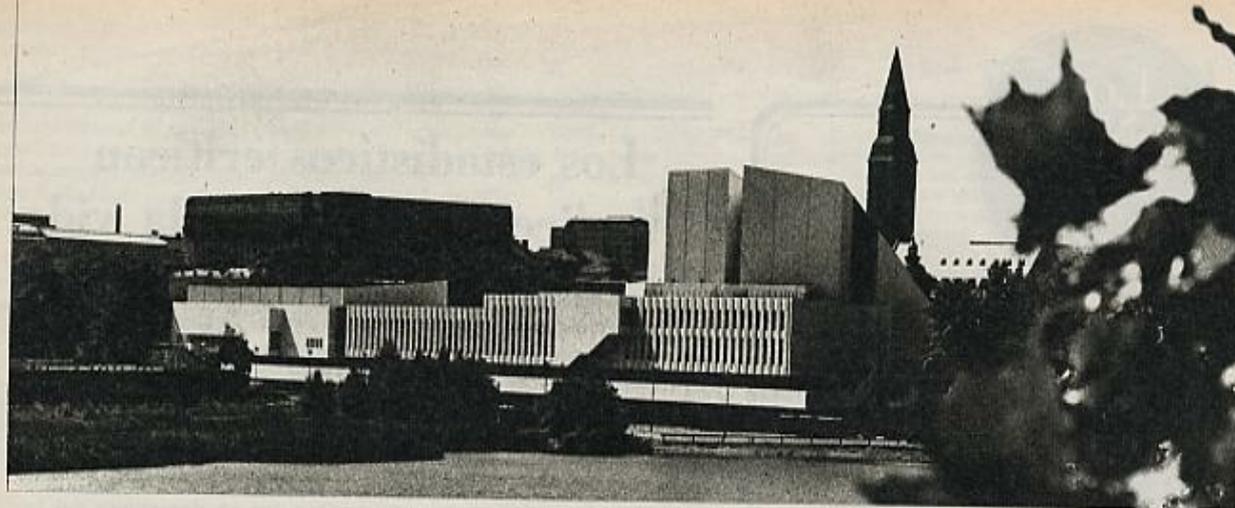
EL período constituyente actual del mundo se relaciona directamente con esta circunstancia de renovación de la guerra fría y con el intento de riña o reparto del botín del tercer mundo, y también con

las reacciones del tercer mundo a estos duros y fuertes intentos de saqueo que están siguiendo, en nuestro tiempo, a la falsa mística de la descolonización y de las independencias. La zona en la que está incluida España es particularmente significativa. Si Europa-Occidente sigue siendo vital para los Estados Unidos, el Sur de Europa lo es más aún, por razones fronterizas. Si ningún país puede tener hoy una política independiente, ajena al bloque en que se encuentra, España no es una excepción. Al contrario. Algunos desenlaces recientes, como el del Sahara, muestran la importancia de la política de bloque sobre otro tipo de intenciones éticas, o de prestigio, o incluso de economía.

ESTE grupo de naciones ha intentado una política propia en la cuestión del enfrentamiento con el tercer mundo saqueado, y no ha podido. Se ha encontrado de lleno pagando las consecuencias de la respuesta del tercer mundo y, al mismo tiempo, de los riesgos que ha corrido el dólar en los últimos años. Europa ha venido a soportar los enormes gastos de la política militar hegemónica de su cabeza de serie. La existencia de una sociedad de la abundancia en Estados Unidos, incluso de una sociedad del despilfarro, ha terminado siendo sufragada por los europeos. Bajo esta agresión económica se ha producido, o se está produciendo, una inmediata respuesta política. La



Una gran parte de nuestra organización política, económica y social depende ya —sin esperar a 1980, como enuncia Arellano— de la constitución del mundo en que estamos inmersos. De ahí la urgencia de las soluciones que deben tomarse. En la foto, el ministro de Asuntos Exteriores con el Presidente Scheel.



En los últimos tiempos se ha advertido la posibilidad de una síntesis entre sistemas, apenas esbozada en Helsinki. (Sede de la Conferencia de Seguridad y Cooperación.)

Europa capitalista —aun con todos los reformismos giscardianos, aun con todas las coberturas socialdemócratas en varios países— ha modificado repentinamente sus mecanismos abiertos durante la época del consumismo sin límites para hacer repercutir sobre las clases más débiles —por lo tanto, las que no disponen de los puestos y los cargos del poder— las durezas de la nueva situación. Y estas clases han respondido con una nueva reagrupación de los partidos de izquierda. Es un fenómeno que lleva años desarrollándose, desde la unión de la izquierda en Francia hasta los intentos de gran pacto en Italia y la adhesión electoral —en el referéndum del divorcio, en las elecciones municipales— hacia las tesis de izquierda. Esta respuesta política, a su vez, repercute en el lejano centro de decisión de Washington, que trata de combatirla: primero, porque ve el peligro de una tendencia al neutralismo en Europa —a pesar de que las izquierdas europeas, incluso las comunistas, anuncian su respeto a las bases del atlantismo, sin duda más por razones de oportunidad, de coyuntura o simplemente de resignación ante una fuerza superior que por verdadera convicción; segundo, porque su vía hegemónica se desarrolla directamente por las vías capitalistas, de las empresas multinacionales o de influencia directa sobre las riquezas y las empresas nacionales. La acción de Washington se hace más patente en aquellos países que, por su propia debilidad y por su situación en zonas de peligro, requieren una atención inmediata: Portugal y Grecia, donde después de los intentos de la izquierda —en algún caso, descabellados y mal orientados— la situación se “atlantiza” y se recupera una situación de derechas. Más difícil es la mediatización en Francia y en Italia, donde la conciencia política es mayor. Una de las formas de respuesta de Washington es, sin duda, la reanudación —limitada— de la guerra fría, con pretextos de carácter mundial —como el citado de Angola— con una finalidad que le dio un excelente resultado en la primera —y durísima— guerra fría: el aislamiento de los partidos comunistas y, por lo tanto, la división de la izquierda. Para jugar más a fondo esta carta parece necesario que la derecha en el poder abra camino a las ideas y programas de la izquierda, de donde el reformismo giscardiano, las socialdemocracias, los laborismos y los intentos de conquista y permeabilización de los poderes hacia los partidos socialistas. El período constituyente que está abierto así consiste en una revalorización urgente de los principios de la democracia, que habían quedado maltrechos en la primera guerra fría: un crecimiento del parlamentarismo, de la libertad de prensa, de los partidos políticos. Todo, claro, “dentro de un orden”. La democracia cerrada de 1945 a los últimos años de la década del sesenta comienza a hacerse democracia abierta. La permisibilidad social —la tolerancia— se acentúa.

ES en este campo donde comienza ahora a irrumpir España. El caso de España es peculiar. España está más directamente vinculada a los Estados Unidos que los países europeos, a pesar de no pertenecer a ninguna de las grandes instituciones internacionales. La economía

de España se ha hecho al margen de la de los otros países de su zona geográfica, pero no tanto como para considerarse ajena a los fenómenos generales. Su fisonomía política, hasta hace sólo unos meses, no ofrecía problemas directos a Washington, aparte de los de su posible evolución. El reparto de la riqueza —o de la pobreza— estaba y aún está menos o nada controlado que en Europa por la clase proletaria: por la especial morfología de su sindicalismo de Estado, por unas leyes que impedían severamente la reacción laboral. No han cesado. En unas recientes palabras amenazadoras del ministro de Relaciones Sindicales, señor Martín Villa, se ha empleado esta desastrosa metáfora con respecto al desafío laboral no legal: “Soy partidario de dar el carrete conveniente, pero en un momento dado hay que cortar”; ha insistido en que lo que se está viviendo ahora es “una tolerancia” y que es partidario de la regulación del derecho de reunión y manifestación, “aunque sea con carácter transitorio”. Socialmente, España está ahora arrastrando su parte del peso de la situación general internacional, probablemente con más fuerza que lo que está sucediendo visiblemente en países occidentales, pero con menos eficacia porque le falta su instrumentación legal para presionar sobre los poderes públicos. Políticamente, está también ensayando su reformismo, pero también cuajado de amenazas, de advertencias, de recriminaciones, de reprimendas. La audacia de este reformismo comparada con la de cualquier país europeo es irrisoria, pero corresponde al punto cero del que está partiendo.

LO que queremos decir con esto es que no todas las soluciones españolas están o pueden encontrarse en las circunstancias interiores o propias, sino que se inscriben dentro de un contexto general, y se acentúan por la peculiaridad de las relaciones con Estados Unidos y del sistema político pasado, pero aún enormemente presente en toda la actualidad. Una vía hacia la normalización es que lo que ahora se considera tolerancia o “carrete”, aquello frente a lo cual se esgrime la violencia de Estado, llegue a ser en algún momento considerado como normal: y en que el reformismo deje de estar tan satisfecho consigo mismo como parece estarlo y se enfrente con la realidad general europea. No es fácil aceptar la idea del señor Arellano de que España podrá integrarse en Europa dentro de cinco años, porque nadie puede suponer que durante estos cinco años España vaya por el camino regular que ahora ven los gobernantes y Europa y Occidente sigan estando en la situación actual. Lo más probable es que el paso de cinco años haga más visible, más tremendo el espacio que separe España del mundo europeo. Y que sigamos aferrados a peculiaridades que, desgraciadamente, no son positivas. El sentido del tiempo está jugando muy malas pasadas a este Gobierno: su intención de esperar, de seguir un ritmo propio, se está viendo desbordada cada día. Los plazos que propone parecen enormes con respecto a la velocidad misma de la población en buscar soluciones a sus problemas. Esto está entrañando riesgos muy graves, que todos vemos cada día.